

ALFAGUARA



José Luis Borau

Camisa de once varas

Índice

<i>Nota a manera de prólogo</i>	9
Sabatina	11
Peña de dos	27
Tiburón	65
El interfecto	71
Micomicona y el gato	91
Muy señores míos	103
Ratones sin remedio	123
Bendita nevada	159
Pira	181
Reina <i>a perra</i>	187
<i>So long, pequeña!</i>	201

Nota a manera de prólogo

Las historias que siguen fueron ideadas a lo largo de muchos años y en lugares muy diferentes a su vez, aun cuando alguna de ellas haya debido remozarse hoy para salir a la calle.

Buena parte de las mismas se pergeñaron por el gusto de experimentar en secreto, casi con disimulo, frente al lector que habría de ser uno mismo.

¿Vale contar una peripecia extranjera con criterios —y hasta términos— castizos? ¿Conviene adoptar cierto aire de traducción justo para dar mayor veracidad a lo que, según el pasaporte, ha de sernos obligatoriamente ajeno? ¿Se deben entremezclar personajes auténticos y ficticios a fin de conseguir mayor realismo? ¿Puede ser perdonado, de acuerdo con los parámetros literarios en vigor lo que, recurriendo al término de uso anglosajón pero raíz latina, cabría calificar como pecado de *memorabilia*? ¿Tenemos derecho a rematar una peripecia comprensible a todos los efectos con un enigma súbito? ¿Es de ley orillar el tema fundamental del relato confiando su presencia a una sola palabra, un segundo apellido, pongamos por caso?

En el fondo, juegos y nada más que juegos. Probatinas, incursiones por los laberintos privados de la imaginación y de la conciencia; aventuras solitarias aireadas con retraso por la simple razón de que alguien haya considerado interesante

sacarlas a relucir antes de que lleguen a evaporarse del todo.

Finalmente, y habida cuenta de la condición bisoña del firmante, así como de su imprudencia por afrontar a estas alturas el rigor literario —muy crudo según nos advierten—, creímos que *Camisa de once varas* resultaría una etiqueta bastante ajustada al sinsentido del proyecto. Puestos en el disparadero, lo mismo habría valido llamarlo *A buenas horas* o, con mayor necesidad aún, *Mangas verdes*; pero la idea de la camisa apareció primero.

Contad si de verdad son once sus varas, y está cortada.

JOSÉ LUIS BORAU

Sabatina

Parecía un señor corriente y moliente. Mediana edad, mediana estatura, ni gordo ni flaco, con un bigote invisible —nadie hubiera podido recordar al cabo de cinco minutos si realmente lo llevaba o no—, gabardina impoluta y un par de apellidos sin relieve, el primero de los cuales terminaba, como buen patronímico, en *ez*.

—Puedo darle una de la parte de atrás. Son más tranquilas —dijo el recepcionista.

Y añadió, desviando una ojeada al reloj lateral:

—Dentro de nada empezará la juerga.

El hotel, venido a menos pese a que lo reformaran años atrás, hacía semiesquina a la plaza donde durante los fines de semana, en especial la noche del viernes al sábado, se reunía la gente joven para consumir birras, calimocho o sabe Dios qué, en medio del alboroto, las peleas y las vomitonas de rigor. Por contra, el establecimiento apenas registraba movimiento en esos dos días. Ahora mismo, pasadas las diez y media, ni en el hall ni en el bar alentaba un alma, según pudo comprobar de un simple vistazo el recién llegado. Por eso los precios especiales, y que se le permitiera elegir habitación.

—No me importan los ruidos. Prefiero estar cerca.

—Cerca ¿de dónde?

—De ustedes.

El empleado no entendió bien a qué podía referirse pero tampoco le importaba saberlo.

—En tal caso, le doy una interior del primer piso.

Y luego, dirigiéndose al mozo que permanecía junto al escaso equipaje del cliente, ordenó:

—Acompaña al señor a la 221.

Llegados a ella, que era de dos camas, el mozo dejó la maleta en el lugar apropiado, entregó la tarjeta-llave al viajero, y se dispuso a mostrar los servicios a su disposición.

—La tele, con mando a distancia, aquí lo tiene; el aire acondicionado, graduable; el teléfono, basta marcar el nueve...

El viajero, apenas sin escucharle, fue derecho a la ventana para izar la persiana, y asomarse.

Sí, daba a un patio interior, tranquilo y semioscuro. Sin embargo, un ala más baja del mismo edificio, seguramente la zona del restaurante, quedaba unida con el cuerpo principal a menos de un par de metros del muro, y el viajero se volvió hacia el mozo.

—¿No habría otro cuarto más alto?

Al muchacho, que había seguido el diálogo de antes con el recepcionista, le extrañó un tanto la petición.

—Supongo, déjeme preguntarlo —y mientras se dirigía al teléfono, añadió—: Tendrá que ser en la tercera planta porque no hay más.

A manera de disculpa, el viajero señaló hacia la ventana abierta.

—Es que cualquiera podría llegar aquí de un salto...

Sin problema, debieron contestar al mozo. Que el cliente aguardara donde estaba, y él bajase a recoger la nueva llave. Pero cuando se dispuso a obedecer la indicación, el disconforme hizo gesto de seguirle.

—No, usted espere aquí.

El viajero no se atrevió a insistir. De todas formas, salió hasta el pasillo y, tras mirar a un extremo y a otro, rogó:

—Dese prisa, por favor.

El ascensor seguía donde lo habían dejado. Mientras ordenaba el descenso, el mozo pudo ver aún al viajero, indeciso en mitad del pasillo, dudando entre permanecer donde se le había dicho o volver a la habitación rechazada.

Minutos después, cuando los dos entraron en la 321, que era igual en todo a la primera, empezó de nuevo el ritual.

—... Si quiere llamar fuera, con marcar el nueve...

En ésta, la ventana quedaba muy por encima del tejadillo del restaurante, en cambio, si mirabas hacia arriba, tal y como el viajero se apresuró a hacer, el alero del edificio principal caía poco menos que encima de la cabeza. El muchacho temió algún nuevo reparo, pero el viajero optó por bajar la persiana de golpe y cerrar las jambas como quien se arroja en manos del Destino, sin pensarlo más. Aliviado, el mozo continuó su explicación.

—El baño, con cabina para la ducha...

Por regla general, los clientes apenas se asomaban al dintel, dando por supuesto lo que podía

haber dentro. En cambio éste pasó y viendo que una cortinilla opaca protegía la ducha, se acercó a descorrerla. ¿Quería comprobar la limpieza del cubículo, o sólo si se habían acordado de poner jabón en la jabonera?

A estas alturas, el mozo sabía ya que se encontraba ante un caso bastante particular, y eso que aún faltaba lo mejor. Tras recoger la nueva llave, el viajero preguntó tras alguna vacilación:

—¿No... le importaría mirar debajo de las camas?

Las camas instaladas a raíz de la mencionada reforma eran muy bajas y, en consecuencia, difícilmente podían ocultar a nadie. El mozo llegó a pensar si no se trataría de una broma estúpida. En los tres años largos que llevaba trabajando en el hotel, nadie le había pedido cosa semejante. Pero la expresión del viajero le demostró que hablaba en serio, por lo cual no tuvo más remedio que tumbarse en la moqueta y mirar bajo la primera antes de rodearla y repetir la operación con la segunda, sin dejar de preguntarse por qué no podía hacerlo él mismo apenas quedara solo en el cuarto. ¿A tanto llegaba su miedo?

Allí, bajo la segunda cama, culminaría el absurdo pues, al asomarse entre las ocho patas de ambas, el muchacho descubrió al hombre, arrodillándose de mala manera al otro lado, dispuesto a comprobar la inspección hecha ante sus propias barbas. Como, a su vez, el viajero se asustara con él, creyendo por un instante ver confirmados los temores que le acosaban, el muchacho pensó si en verdad aquel hombre no se fiaba de nadie o, simplemente, es que estaba chaveta.

Se incorporó, palmeó las manos para limpiarlas de algún resto de polvo, y le pareció ridículo oírse decir a sí mismo:

—No hay nada, señor.

Menos mal que tanta paciencia y humillación fueron compensadas en buena medida porque el viajero, al agradecer sus servicios, le tendió un rotundo billete de mil.

—Muy amable, señor.

Seguro que el mozo comentaría con el recepcionista lo ocurrido tan pronto como volviera al hall pero, cumplida su jornada, ambos se fueron sin molestarse en avisar al encargado del turno de noche. Así que éste no pudo dejar de asombrarse cuando, ya cerca de la una de la madrugada, vio salir del ascensor a un cliente, en pijama y con una gabardina por encima de los hombros.

—Perdone, no puedo dormir —le dijo, una vez llegado al mostrador.

El botellón estaba ya en pleno apogeo. Tras las jambas de cristales de la puerta principal se veía y oía vociferar y cantar a los chicos y chicas de cada viernes. El encargado creyó que el viajero protestaba por ellos y se apresuró a lamentar la circunstancia.

—No hay forma de acabar con esa chusma. La mitad son hijos de papá y de mamá, quizás del mismo alcalde o del jefe de policía, vaya usted a saber... ¿En qué habitación está, caballero?

—En la 321. Pero no es por el ruido —aclaró.

—¿Quiere un vaso de leche? Fría porque...